

—No, en absoluto, salvo, aquí también, aplicar muchas dosis de sentido común. Hemos comprobado que en los últimos años había existido un divorcio absoluto entre las comunidades autónomas y la Dirección General de Bibliotecas; y más aún: la propia Biblioteca Nacional y la Red de Bibliotecas Públicas del Estado utilizaban diferentes sistemas de informatización.

Después de muchos años de incomunicación, en octubre pasado hicimos la primera reunión entre todos los responsables bibliotecarios de las Comunidades Autónomas y de la Federación de Municipios con la Dirección General para ponernos de acuerdo y coordinarnos en una misma red. Una de las metas, por ejemplo, es crear una tarjeta de préstamo interbibliotecario, que no existe y es otra cosa obvia. Hoy hay que hacerse un carnet para cada biblioteca a la que uno quiera acceder. Con la tarjeta que propugnamos se podrán consultar libros de la Biblioteca Nacional tanto como de una de Barcelona o de Badajoz. Y aspiramos incluso a conectar nuestra red con toda la Unión Europea. Hoy, al filo del siglo XXI, estas cosas son elementales, pero no estaban hechas. Por eso nos proponemos encarar las tareas vertebrales, que a veces no son las más agradables para otorgar brillantez a una gestión, porque carecen de oropeles, pero son las que cimentan de verdad la modernización de España.

—*¿Cuál es la relación entre la cifra global de bibliotecas públicas de que dispone España —más de 3.300— y la cantidad de habitantes? ¿Existe mucha diferencia con respecto al índice bibliotecas/población de otros países europeos?*

—Estamos muy por debajo de los índices de la Unión Europea, aunque la situación ha mejorado en los últimos años.

—*¿Qué opina de la salud actual de la industria editorial española?*

—Que es espléndida. Hay un dato muy importante: es la única industria cultural española que exporta un volumen ciertamente apreciable y que tiene un saldo favorable en la balanza comercial. Esto habla por sí solo de la solidez de nuestra industria editorial. Es, por supuesto, una solidez que hay que cuidar, incentivar, promocionar y fomentar. Pero hay que cambiar esa visión de que el Padre Estado ayuda para que la industria sobreviva; yo creo que es todo lo contrario: el Estado debe decirle: «Lo que ustedes hacen me interesa muchísimo y nosotros colaboraremos para que sean cada vez más fuertes».

—*Habla usted de la excelente salud de la industria editorial española. Sin embargo, a menudo muchos editores se quejan y describen una situación al borde del abismo. ¿Cómo explica esta contradicción?*

—Pues a través de números. De todos modos no hay que ser triunfalista; un negocio cultural siempre tiene sus riesgos y sería bastante ligero dejarlos de lado. Pero no se puede negar que con todos sus problemas

—que son comunes a cualquier gran industria, y la del libro lo es hoy en España— el sector presenta unos buenos números. Hablamos de una industria que ha editado 52.000 títulos en 1995 (último año del que disponemos de estadísticas completas) y que ha facturado ese año más de 360.000 millones de pesetas, con una tirada total de 208.567.000 libros y una tirada media de 4.016 ejemplares. Estos datos la colocan en la quinta posición en el orden mundial y en la tercera en Europa. Existen en España 588 empresas editoriales; de ellas, 24 facturan más de 3.000 millones de pesetas cada una, mientras 345 se consideran pequeñas, con menos de 100 millones anuales de facturación. Las veinticuatro empresas mayores han facturado 235.460 millones de pesetas, un 62,6 por ciento del total.

—*De la facturación total, ¿cuánto corresponde a la exportación?*

—En 1995 se exportaron libros por un valor cercano a los 50.000 millones de pesetas. Y más de la mitad de esa suma proviene de Iberoamérica.

—*¿En qué país latinoamericano ha crecido más la venta de libros españoles?*

—Sorprendentemente, en Brasil. Esto se ve favorecido por la existencia de Mercosur, el mercado común sudamericano, que está funcionando muy bien. Es clave para el desarrollo de los países que lo integran y conlleva ese acercamiento a la cultura en español, que es a la cultura argentina, a la cultura uruguaya. Y claro, la gran salida para el libro español, o para el libro en español, como prefiero llamarlo, es Iberoamérica. Ahora la cuestión más importante es hacer que ese viaje sea de ida y vuelta, es decir, que también la producción cultural iberoamericana llegue a España, como llegaba en las tres primeras décadas del siglo. Entonces era común que autores como Unamuno, Ortega o Pérez de Ayala publicaran regularmente artículos, por ejemplo, en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, y que Enrique Larreta o el propio Borges lo hiciesen en España. Eso es un hecho que hay que recuperar, tanto desde el punto de vista del periodismo como de la edición, y es uno de los retos más importantes que, por lo menos yo, creo que debemos asumir desde la propia Dirección General del Libro.

—*¿No le parece una paradoja fascinante que España, que tiene uno de los índices de lectura más bajos de Europa, edite 52.000 títulos al año?*

—Decía Bergamín, maravillosamente, que la paradoja es el paracaídas del pensamiento. En fin, esta gran multiplicidad de títulos se explica por las bajas tiradas de la mayoría de ellos. En los principales países europeos la tirada media es superior y el volumen de títulos no es tan abierto. De todas formas es notable que un lector español tenga hoy en sus manos la oferta de 170.000 títulos vivos, es decir que en librerías, en el mercado, se pueden conseguir 170.000 libros diferentes. Además, debemos ver con atención lo que ha pasado a lo largo del último año y lo

que está pasando en éste, porque me da la impresión de que hay un cambio de tendencia, que los jóvenes, por ejemplo, empiezan a leer más, que se registra un cierto auge de la novela, impulsado en gran parte por la lectura de las mujeres.

*—En verdad, si se observa en el metro o en el autobús a los pasajeros que leen libros, se puede comprobar que la mayoría son mujeres. Es un fenómeno curioso que se ha dado en estos últimos años.*

—Sin duda, las mujeres leen hoy mucho más que antes. Luego hay otro hecho llamativo: el cine vuelve a nutrirse de grandes novelas del siglo pasado o de principios de éste, de novelistas como Jane Austen o Henry James, que a veces dan como resultado magníficas películas. Lo cierto es que si se acometen determinadas políticas, insisto, con cordura y sensatez, nos podemos llevar de aquí a pocos años unas sorpresas muy gratas en cuanto al aumento del índice de lectura. Hay que abrir otra vez el cajón del sentido común —y creo que las editoriales ya están en ello— e institucionalizar una práctica de lo más normal en Estados Unidos e Inglaterra, que es la de sacar una primera edición de una obra en tapa dura o formato grande, e inmediatamente después las ediciones de bolsillo, que multiplican de forma notoria las tiradas de un mismo título. Las editoriales, como no puede ser de otra manera, están preocupadas en estructurar un buen catálogo y muchas de ellas dedican una atención preferente a las ediciones de bolsillo, baratas, que pueden revolucionar el tradicional escenario del libro español.

*—Las colecciones de bolsillo son numerosas en España desde hace bastante tiempo.*

—Sí, son numerosas y muy buenas además, con unos títulos y unos autores de primera. Hoy el lector español tiene una oferta editorial sumamente decorosa. Quizás habría que cubrir un poco más, y sobre esto estamos elaborando un gran proyecto, la cuestión de los clásicos, españoles y del resto del mundo. Al margen de esto, quisiera referirme a que las tres naciones que están por delante en la industria editorial de la Unión Europea —Gran Bretaña, Alemania y España— son naciones con lenguas en expansión. En el caso de Gran Bretaña, con el inglés, es obvio, por su enorme mercado específico (Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Australia, etc.) y por toda la gente que maneja esta lengua en el mundo; la potencia y la excelencia de la industria editorial alemana no hace más que crecer, porque además de contar con un mercado propio importante, con fuerte capacidad adquisitiva y alto índice de lectura, el alemán está recobrando su influencia en los países de Europa central (no olvidemos que Kafka, judío nacido en Praga, escribía en alemán). En cuanto a España, su destino natural es Iberoamérica. En la medida en que los procesos de consolidación económica de los países iberoamericanos vayan adelante, como ocurrió con los procesos de democratización,

esa región del mundo está llamada a ser una potencia industrial y cultural verdaderamente imponente. Querría señalar que España debería tener puentes de colaboración antes que de competencia con ella.

—¿Se proyecta alguna política especial con respecto a América Latina en el marco de la Dirección General del Libro?

—A nosotros nos compete sobre todo la promoción. Antes que nada quiero decir que, en lo personal, por ser profesor de literatura hispanoamericana, de historia intelectual sobre todo, por haber sido director del Instituto de Cooperación Iberoamericana en Buenos Aires, por haber vivido allá, me siento muy próximo a Iberoamérica. Por otra parte, es obvio que la relación entre España e Iberoamérica ha sido tradicionalmente intensa, y en el ámbito de la industria editorial esto es notorio. Toda la presencia de España en el mundo viene dada por la proyección de la lengua española, es decir de la cultura en español, y es un hecho que debe consolidarse en absoluta cooperación con todos los países iberoamericanos que están también por la labor. España quizá no sea relevante, a escala mundial, en la industria pesada o en la electrónica, por ejemplo, pero es un país culturalmente potente —más allá de sus bajos índices de lectura— gracias a Iberoamérica. Entonces, lo que hay que establecer inmediatamente son unas políticas claras con las editoriales y de apoyo a autores españoles e iberoamericanos, reforzar ese espacio común del que formamos parte. Mario Vargas Llosa lo ha repetido muchas veces, y es un experto conocedor del barroco español y de Cervantes. Borges citaba a menudo a autores españoles, sobre todo del Siglo de Oro. Cuando un argentino estudia a Quevedo, o a Cervantes, o a Góngora, o a Gracián, lo estudia prácticamente como a un autor propio, porque se trata de escritores de su propia lengua, no es ya exclusivamente la lengua de un español. Ya he dicho que en las tres primeras décadas de este siglo el intercambio cultural entre España e Iberoamérica se puso especialmente de manifiesto. La primera reseña de *Fervor de Buenos Aires*, de Borges, se publica en la *Revista de Occidente* y la hace Ramón Gómez de la Serna. El mexicano Jaime Torres Bodet está escribiendo, al mismo tiempo, en España, las primeras reseñas de los libros de la generación del 27, acerca de los cuales también aparecen comentarios, por ejemplo, en la revista argentina *Nosotros* y en la mexicana *Contemporáneos*. Buena parte de los catálogos de las editoriales españolas de aquella época, yo lo he estudiado, están plagados de escritores hispanoamericanos. Todo esto se rompe por la propia anomalía de la dictadura en España y por las que se sucedieron en Iberoamérica. Creo que ahora es el momento adecuado para recuperar ese espacio común; para ir a cosas concretas, vamos a establecer un plan de actuación junto con las editoriales españolas que tienen intereses en Iberoamérica para llevar allí a escritores españoles y traer a los hispanoamericanos aquí. Hay muchísi-